

# NEW LEFT REVIEW 131

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE-DICIEMBRE 2021

## ARTÍCULOS

WOLFGANG STREECK	Elecciones alemanas	7
SUJATHA GIDIA Y ALAN HORN	Raza, casta, clase	19
MIKE WAYNE	Hojas de ruta para después de Corbyn	43
J. X. ZHANG	El barrito del elefante	77
FRANCO MORETTI	Una nueva intuición	97
ADRIAN GRAMA	¿Antídotos contra la alienación?	109

## CRÍTICA

TOM HAZELDINE	Transformatrix	132
RYAN RUBY	La privatización de los grandes relatos	142
RICHARD SEYMOUR	Modelos para la ralentización	158

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

**ts**  
d traficantes de sueños



WOLFGANG STREECK

## PLUS ÇA CHANGE

**E**NTRE LOS MUCHOS resultados sorprendentes de las recientes elecciones alemanas destaca la casi desaparición del Linkspartei (Die Linke). El partido perdió más de dos millones de votos cayendo hasta el 4,9 por 100, casi la mitad del 9,2 por 100 que obtuvo en 2017. El hecho de que en todo caso Die Linke permanezca en el Bundestag obedece a que ganó tres circunscripciones electorales directamente, dos de ellas en Berlín Este y una en Leipzig, lo cual significa que el habitual umbral del 5 por 100 no se aplica en este caso. A pesar de ello, el único partido restante de la izquierda alemana, profundamente dividido internamente, está a punto de encaminarse hacia la insignificancia. La profundidad de su crisis se muestra en el hecho de que obtuvo solamente el 8 por 100 del voto entre los menores de 25 años, cerca de Alternative für Deutschland (AfD), que ocupó la última posición en este grupo etario obteniendo el 7 por 100. A esto hay que añadir que Die Linke fue apoyada solamente por el 3 por 100 de aquellos con menor cualificación educativa (*Hauptschule*), mientras que obtuvo el 6 por 100 de los votos, por encima de su media nacional, entre los votantes con *Abitur* o formación universitaria. Y lo que quizá sea más devastador: entre los trabajadores el SPD obtuvo el 28 por 100, la CDU/CSU el 23, AfD el 16 y Die Linke ¡el 5 por 100 de los votos!

### I

El declive de la izquierda simplificó de repente un panorama que antes de las elecciones mostraba un desorden sin precedentes. Ahora ya no hay posibilidad alguna de una coalición de gobierno roji-verde-roja

(R2v), con toda seguridad para gran alivio de los líderes tanto de los socialdemócratas del SPD como de los Verdes. En estos momentos son posibles tan solo dos coaliciones, ambas incluyendo a los Verdes y a los liberales del FPD: una dirigida por el SPD de Scholz, que obtuvo el 25,7 por 100 de los votos, que incrementó en dos millones, frente al 20,5 por 100 conseguido hace cuatro años, y la otra, la variante «jamaicana» negro-verde-amarilla, dirigida por los democristianos de la CDU/CSU de Armin Laschet, que obtuvo el 24,1 por 100 de los votos, perdiendo tres millones de los mismos, tras haber conseguido el 32,9 por 100 en 2017. Una remota tercera posibilidad es otra Gran Coalición con Scholz como canciller y Laschet u otra figura de la CDU como vicescanciller. Nadie parece estar especialmente entusiasmado con esta opción, sin embargo, porque conjura memorias del desastre producido por su última materialización, cuando Merkel/Scholz la pusieron en pie después de seis largos meses de negociación tras la celebración de las elecciones de 2017, una vez se había desplomado la variante jamaicana.

En las vísperas de las elecciones del pasado 26 de septiembre fue interesante comprobar el grado de traumatismo que la experiencia de las negociaciones jamaicanas efectuadas tras las elecciones de 2017 había provocado en la clase política alemana. Evidentemente, Merkel había perdido pronto el control sobre el curso de los acontecimientos, mientras las largas reuniones nocturnas concluían en un desbarajuste interminable sin que nadie supiera qué se había decidido realmente, si es que se había decidido algo. En un momento determinado, el FPD, bajo la dirección de su actual líder, Christian Lindner, llegó a sospechar que Merkel había alcanzado tiempo atrás un acuerdo secreto con los Verdes mediante el cual pretendía dejar a un lado a los liberales del mismo modo que había hecho en su segundo mandato de gobierno entre 2009 y 2013, cuyo resultado había sido que el partido liberal finalmente no logró superar el umbral del 5 por 100 en las elecciones de este último año, quedando fuera del Bundestag. Temiendo una nueva versión de tal escenario, Lindner rompió las negociaciones mediante un espectacular movimiento que casi le costó la dirección del partido.

Merece la pena que hagamos una breve digresión sobre Lindner, que puede ser el eje del próximo gobierno alemán. Este político de 42 años de edad y asiduo a Instagram, se unió al FPD en su juventud y ascendió

rápidamente en el escalafón. Se negó a hacer el servicio militar declarándose objetor de conciencia, lo cual explicó más tarde porque estaba intentando, todavía siendo un adolescente, lanzar una nueva empresa en Internet, la cual de todos modos resultó ser efímera. Además de cursar estudios de Ciencia Políticas en la Universidad de Bonn entre 1999 y 2006, y tras dejar inacabada su tesis doctoral por los avances logrados en su carrera política, Lindner realizó varios cursos de entrenamiento militar para convertirse en oficial de reserva de la Luftwaffe, donde finalmente fue ascendido a *Major der Reserve*. En diferentes momentos de su vida también obtuvo la licencia de piloto de coches de carreras y de patrón de barco, así como la licencia de caza, la cual exige en Alemania someterse a un exigente examen después de seguir un complejo programa de cursos. En su tiempo libre a Lindner le gusta conducir Porsches clásicos. A la edad de 21 años, con su empresa a punto de derrumbarse, fue elegido diputado del Parlamento de Renania del Norte-Westfalia. En 2009 se convirtió en secretario general federal del FPD, un puesto del que dimitió justo a tiempo antes del desastre electoral de 2013, cuando el partido dejó de tener representación en el Bundestag. A los pocos meses, Lindner fue elegido presidente del FPD, puesto que nadie quería, y cuatro años después dirigió el regreso de su partido a la política federal.

## 3

Contemplado desde el momento presente, podemos considerar que 2017 fue el principio del fin de Merkel. Su partido la culpó del pobre resultado obtenido entonces, que convirtió el 41,5 por 100 del voto cosechado en 2013 en el 32,9 por 100 logrado en 2017, así como del surgimiento parlamentario de Alternative für Deutschland (12,6 por 100), acontecimientos ambos relacionados con la apertura de fronteras a los refugiados decidida por la canciller en 2015. A continuación se produjeron los devastadores resultados obtenidos en las elecciones de diversos *Länder* durante la segunda mitad de 2018, cuya consecuencia fue la dimisión de Merkel como líder del partido concedida a cambio de que este le permitiera concluir su mandato como canciller. El trato exigía, sin embargo, la cooperación por su parte en el acuerdo de transición con su sucesor o sucesora al frente de la presidencia del partido y a la postre futuro candidato o candidata a la cancillería en las elecciones de 2021. Estos planes descarrilaron de la peor manera posible, primero con Annegret Kramp-Karrenbauer (AKK), quien, instalada por Merkel como líder de la CDU, intentó paulatinamente distanciar al partido de

la canciller en el tema de los refugiados con la vista puesta en las próximas elecciones, lo cual no fue del agrado de esta, quien tras obligarla a dimitir en la primera oportunidad que se le brindó, acabó a principios de 2021 con Laschet como presidente del partido, que era la última persona en la que habría pensado a excepción de Friedrich Merz, un abogado de empresa y antiguo rival político, a quien odia quizá porque personifica su propio pasado neoliberal. Para entonces la CDU había sido erosionada por dieciséis años de un liderazgo adverso a todo planteamiento programático, que sustituía sistemáticamente los principios políticos por la lealtad personal. Laschet tuvo entonces que organizar su campaña electoral de acuerdo con un programa que postulara renovación política y mostrara total lealtad para con la canciller para evitar ser castigado por ella como lo había sido AKK. Como sabemos, ello resultó ser demasiado para él, al igual que podría haberlo sido para cualquiera otra persona.

## 4

En realidad, las cosas podrían haberle ido peor a la CDU. Semanas antes de las elecciones su intención de voto rondaba alrededor el 20 por 100 en las encuestas, porcentaje próximo a los Verdes y por detrás del SPD, que se alzaba con el 25 por 100 de los votos. Si finalmente Laschet casi atrapó al SPD fue por la campaña de última hora orquestada para atemorizar a los votantes indecisos ante la perspectiva de una coalición R2V, que Scholz no podía excluir por razones tácticas. Los medios de comunicación también desempeñaron su papel. Al principio, la totalidad de los mismos cortejó a los Verdes, respaldados por la gran mayoría de gente joven empleada en el sistema de radiodifusión pública. Después, los medios de comunicación se cebaron con Annalena Baerbock y Laschet debido a varias pifias cometidas por ambos durante la campaña, permitiendo que Scholz, un hombre sin *Eigenschaften* [atributos] evidentes, se colara desapercibidamente en la primera posición. Finalmente, dirigida por el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, la prensa se unió a Laschet y su canto de sirena del «peligro rojo».

¿Qué decir de Söder, el supuesto hombre fuerte bávaro cuyo oportunismo político iguala incluso al de Merkel? Comparado con él, Laschet estaba destinado a parecer un enclenque caracterizado por un factor macho alfa igual a cero, algo de lo que Söder sacó el cumplido provecho. Sin embargo, finalmente ello no fue suficiente para superar su impedimento fundamental: pertenecer a la CSU, el menor de los llamados

«partidos hermanos» de la coalición cristianodemócrata. Incluso si ahora consigue dejar de lado a Laschet, le espera la prueba decisiva en las elecciones al *Landtag*, la cámara regional bávara, de 2023. Cualquier cosa que haga en la actualidad debe ayudarle a obtener una decisiva mayoría en su región de origen; si fracasa, su carrera terminará abruptamente. De lo contrario, sin duda lanzará su asalto a la dirección de la CDU/CSU y la obtendrá: recordemos que los primeros ministros de los *Länder* pueden tomar la palabra en el Bundestag en cualquier momento que quieran, incluso fuera de la lista oficial de intervenciones.

## 5

Volviendo al presente, los ganadores reales de las elecciones de septiembre de 2021 han sido Christian Lindner y el FDP, que han acabado situados en una posición crucial, necesitados tanto por los Verdes, que en esta ocasión están determinados a entrar en el gobierno, como por los candidatos a la cancillería Scholz y Laschet. Personalmente, Lindner prefiere con toda probabilidad al segundo, habiendo negociado con él en 2017 la coalición gobernante en Renania del Norte-Westfalia, que resulta ser el mayor *Land* del país. Con el desastre de la coalición jamaicana en la cabeza, sin embargo, Lindner sugirió, pocas horas después de conocerse los resultados, que el FDP y los Verdes deberían explorar conjuntamente la posibilidad de llegar a un acuerdo sobre un posible programa común y sobre el tercer socio de gobierno, es decir, sobre el SPD de Scholz o la CDU/CSU de Laschet. Posiblemente esto puede señalar un realineamiento inminente del centro burgués del espectro político alemán, hecho posible por el consabido cambio generacional, protagonizado por dos enemigos políticos de larga data, los Verdes y el FDP, divididos por sus diferentes estilos de vida, pero pertenecientes ambos a la misma clase media acomodada. Téngase en cuenta que entre quienes han votado por primera vez en estas últimas elecciones el FDP y los Verdes han conseguido el 23 y el 28 por 100 de los votos respectivamente, distanciándose por mucho de los agotados viejos partidos centristas y de los *outsiders* ideológicos tanto de la derecha como de la izquierda.

## 6

La opción de Lindner y de los Verdes por Scholz no señalaría en absoluto un giro a la izquierda de la política alemana. Durante la campaña, Scholz se presentó a sí mismo como el legítimo heredero de Angela

Merkel tras haber servido en su gobierno como vicescanciller y ministro de Finanzas durante tres años y medio. Scholz fue nombrado candidato por un partido que carecía de otro y en el que muchos de sus miembros lo consideran demasiado escorado hacia la derecha como para ser un buen socialdemócrata. Por otro lado, apenas nadie creía en el SPD que Scholz podría ni siquiera aproximarse a la victoria; y había incluso quien pensaba que esta vez el partido debía de abstenerse incluso de presentar un candidato para evitar la consiguiente humillación. Por supuesto, nadie podía esperar que Merkel cometiera los grotescos errores estratégicos en la selección de sus sucesores y en los respectivos procesos de transición verificados en su partido y en el Estado, que han privado estrepitosamente del poder a la organización política con la que ha gobernado durante un periodo tan dilatado de tiempo.

Dicho esto, no hay nada tan profundamente arraigado en la política alemana como su «extremo centro» (Tariq Ali) y si las elecciones de 2021 han demostrado algo ha sido precisamente esto. Ello sigue siendo cierto aunque AfD, reducida a escala federal al 10,3 por 100 de los votos en 2021 tras haber obtenido el 12,6 por 100 en 2017 (y la mitad de los sufragios restantes podría haber ido a la CDU, si no hubiera sido por Merkel), haya conseguido establecerse como el partido regional predominante en Alemania del Este, sustituyendo a Die Linke. En dos *Länder*, Sajonia y Turingia, AfD fue el partido más votado, obteniendo el 24,6 y el 24 por 100 de los votos respectivamente; en el conjunto de Alemania del Este alcanzó el 19,1 por 100, por detrás del SPD, que obtuvo el 24,2, pero por delante de la CDU, que cosechó el 16,9 por 100 de los sufragios. En los *Länder* orientales es donde el FDP y los Verdes son más débiles, lo cual plantea la pregunta de saber si los dos viejos partidos centristas, en su debilitada situación actual, serán capaces de recuperar un número consistente de votantes de AfD.

## 7

En un gobierno presidido por Scholz, que constituye el escenario más probable, Christian Lindner reclamará el Ministerio de Finanzas y lo obtendrá a no ser que los Verdes castiguen a Baerbock por su pobre comportamiento como candidata desplazándola a un segundo plano y devolviendo la dirección del partido a su copresidente Robert Habeck, que podría albergar la misma ambición de dirigir ese Ministerio. Con

Lindner al frente del Ministerio de Finanzas y Scholz como canciller no cabe ninguna duda de que la política fiscal alemana será idéntica a la seguida por el segundo al frente del mismo. Cuando asumió el cargo en el citado Ministerio en 2018, respondiendo a un periodista francés, que evidentemente esperaba mayores contribuciones alemanas a la «solidaridad europea», Scholz contestó que «un ministro de Finanzas alemán es un ministro de Finanzas alemán». En 2017, durante las primeras negociaciones jamaicanas, se informó de que Emmanuel Macron había afirmado que si Lindner formara parte del próximo gobierno alemán, él, Macron, estaría muerto. Cuatro años más tarde ello podría ser todavía más cierto que nunca.

En la primera mitad de 2022 la presidencia, básicamente ritual y simbólica, de la Unión Europea recaerá en Francia, donde Macron debe ganar las elecciones presidenciales en abril de ese mismo año. Se han planificado diversas ocasiones públicas para que Macron pueda desplegar los trofeos de su preeminencia europea. Con un ministro de Finanzas como Lindner en Berlín, incluso en un gobierno del francófilo Laschet, quien, medio en broma medio en serio, afirma ser descendiente de Carlomagno, estas ocasiones ciertamente no incluirán nada más allá de cambios puramente cosméticos en la constitución financiera de la Unión Europea y de la unión monetaria europea. Al igual que durante el mandato de Merkel, Alemania, dirigida por Scholz o por Laschet, hará lo que sea necesario para garantizar la supervivencia del euro, probablemente incluyendo la creación de un espacio dotado de un fundamento legal o semilegal más sólido para garantizar la emisión de deuda a escala europea, pero nada más que eso; entretanto, las negociaciones sobre lo que *es* realmente necesario para garantizar esa supervivencia seguirán siendo tan duras como siempre.

Para efectuar una evaluación realista de la política europea alemana durante los próximos años, puede resultar útil considerar el plan presupuestario quinquenal del Ministerio de Finanzas de Scholz aprobado por el gobierno de la Gran Coalición. A finales de 2021, Alemania habrá contraído 471 millardos de nueva deuda en tres años, lo cual equivale a casi dos tercios del Mecanismo de Recuperación y Resiliencia del Next Generation EU Fund (NGEU), concebido para beneficiar a los veintisiete Estados miembros de la Unión durante un periodo de siete años. Para cumplir con el denominado freno de la deuda incluido en la Constitución alemana, el gasto federal tendrá que disminuir entre 2021 y 2023 de 548



a 403 millardos de euros, de modo que la carga de la deuda, equivalente al 75 por 100 del PIB a finales del primer año, pueda retornar al 60 por 100 estipulado en el Tratado de Maastricht. Jugar o interferir con el freno de la deuda presente en la *Grundgesetz* [Constitución] alemana está fuera de consideración tanto por parte de Laschet como de Scholz –pero no necesariamente recurrir a algún subterfugio bajo mano a lo cual el segundo puede mostrarse más dispuesto que el primero– y ello todavía resulta más remoto por parte de Lindner, que ha prometido además no aprobar nuevos impuestos. Al mismo tiempo, enormes sumas de dinero tendrán que ser gastadas para acometer la renovación de la infraestructura física del país, que ya era urgente antes de la pandemia. Además, tras las inundaciones del pasado verano es preciso efectuar gastos adicionales para mitigar los daños causados por el cambio climático, convertido ahora en una realidad ineludible, mientras que la presencia de los Verdes en el gobierno convertirá en una prioridad la aceleración del abandono del carbón, lo cual también será costoso. Podríamos añadir otras partidas, pero el hecho es que quedarán pocos recursos, si es que queda alguno, para «Europa» y la «solidaridad europea» a parte de una política fiscal y un régimen de endeudamiento más indulgentes.

## 8

¿Qué diferencia habría si Habeck, el colider de los Verdes, se convirtiera en ministro de Finanzas en vez de Lindner, partidario del libre mercado y del Estado pequeño? Que ello suceda o no depende de las vicisitudes del «regateo, cambalache y trapicheo» poselectoral (Adam Smith) hallándose más allá de cualquier predicción racional. Políticamente significaría que Baerbock no puede ser ministra de Asuntos Exteriores, cargo que podría haber querido ocupar si fuera todavía la líder *de facto* de los Verdes. La ambición de Habeck sería poner en marcha un gran programa de gasto para luchar contra el cambio climático y mitigar sus efectos, financiado probablemente mediante algún vehículo situado al margen del presupuesto federal capaz de eludir el freno de la deuda. Ello diferiría de los objetivos de Lindner, que colocaría sus esperanzas en la inversión privada en vez de en la pública. Habeck se mostraría también más inclinado a permitir que la Unión Europea fuese utilizada como receptáculo permanente de nueva deuda, permitiendo que el servicio de la deuda derivada del NGEU Fund y su reembolso fueran atendidos después de 2030 mediante nuevo endeudamiento, algo que Scholz ya

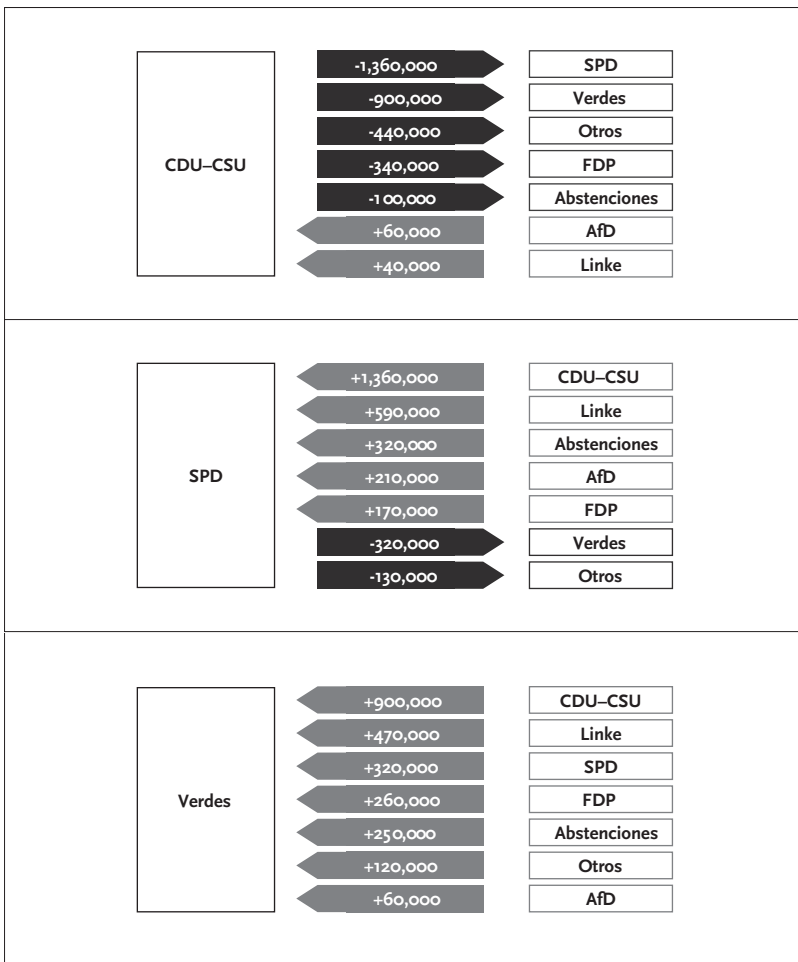
parece haber prometido a Macron. El conflicto en torno a quién logrará ser el próximo ministro de Finanzas alemán podría poner en peligro la emergente alianza entre los Verdes y los liberales, prolongar tediosamente las negociaciones de la coalición e incluso acabar en otra Gran Coalición, esta vez presidida por Scholz con un ministro de Finanzas de la CDU. «Europa», la Unión Europea, la unión monetaria europea y el resto figurarán de nuevo tan solo marginalmente en tal disputa, aunque Francia e Italia puedan albergar mayores esperanzas de conseguir que Alemania permita que la UE se endeude de la misma manera en que lo hace hoy cualquier Estado capitalista que se precie: pronto y a menudo.

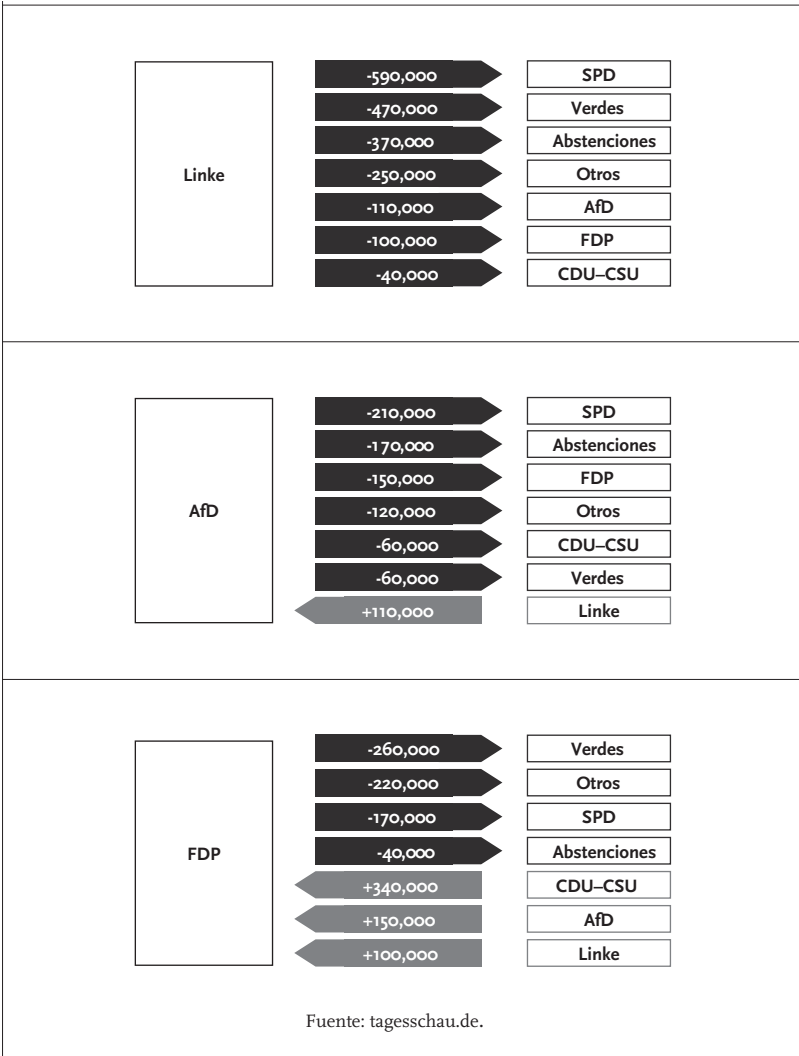
Igualmente, desde una perspectiva francesa, hay que esperar malas noticias, en cuestiones de política exterior y seguridad. Exagerando poco, Annalena Baerbock puede ser caracterizada como un halcón proatlantista y lo mismo puede decirse de Habeck, quien durante una visita a Ucrania recomendó que se vendieran armas a este país para que las utilizara en su guerra con Rusia. Baerbock y Habeck no son, definitivamente, lo que en los círculos de la política exterior alemana todavía se denomina gaullistas; a principios de septiembre, durante la campaña electoral, bajo la impresión de las informaciones televisivas sobre el desastre del aeropuerto de Kabul, Baerbock se comparó felizmente a sí misma con la archiintervencionista liberal estadounidense Hillary Clinton. Los Verdes como partido se mostraron críticos con Merkel por ser demasiado acomodaticia con Rusia y, cada vez más, con China, exigiendo que Alemania se alineara con las demandas de la OTAN de incrementar su gasto militar hasta el 2 por 100 del PIB, lo que supone un incremento de no menos del 50 por 100 respecto de su nivel actual. (Nada de esto se halla contemplado en los planes presupuestarios de Scholz). Por otro lado, aunque este ha expresado durante toda la campaña su apoyo a lo que denomina, de un modo un tanto nebuloso, la «soberanía europea», reminiscente de la terminología utilizada por Macron, ello apenas significa que Alemania vaya a tomar partido activamente a favor de Francia en su conflicto con Estados Unidos sobre asuntos tales como el AUKUS, el «acuerdo de seguridad» dirigido por este país contra China en el que participan el Reino Unido y Australia.

Con independencia de cual sea la composición del próximo gobierno alemán, lo más probable es que este continúe, o decida continuar, la línea (o la no línea) de Merkel, esto es, que intente estar simultáneamente en ambos lados del Atlántico, apoyando tanto la hegemonía global

estadounidense como la autonomía franco-europea, imponiendo sanciones a Rusia a causa de la situación en Ucrania, al tiempo que defiende el gasoducto North Stream 2 frente a Estados Unidos y la Unión Europea, y todo ello mientras intenta hacer que sus continuas vacilaciones parezcan el ejercicio de un liderazgo estratégico. Saber si Laschet o Scholz, en conjunción con Lindner y Baerbock (o Habeck) o entre ambos, serán realmente capaces de reproducir los complejos pasos de baile político de Merkel será una cuestión interesante de dilucidar.

GRÁFICO I: Elecciones al Bundestag en 2021, cambios netos en el voto

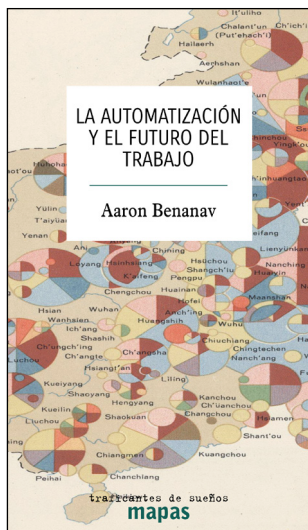




traficantes de sueños

www.traficantes.net

C/Duque de Alba 13, 28012. Madrid



# La automatización y el futuro del trabajo

Aaron Benanav

Colección: map 67

PVP: 16 €

En *La automatización y el futuro del trabajo*, Aaron Benanav analiza las tendencias económicas que están dando forma a nuestra vida laboral. Lo que nos descubre no es tanto un mundo en el que la tecnología sustituye rápidamente al empleo cuanto una crisis de inversión provocada por la escasa rentabilidad de la industrial a nivel global (por un gigantesco exceso de capacidad y competencia) y del sector servicios, que nunca ha destacado por su productividad. La economía crece lentamente, interrumpida por periódicas recesiones, y lo que se ofrece a la fuerza de trabajo mundial es empleo precario, poco remunerado y a menudo en el sector informal. Frente a este panorama en el que conviven la promesa tecnológica incumplida y el subempleo de masas, Benanav se pregunta acerca de qué movimientos sociales resultarán necesarios para impulsarnos hacia un mundo posescaez y de seguridad material generalizada. En respuesta a exigencias como la de la renta básica universal, que apenas llegaría para mantener este ejército creciente de trabajadores subempleados, Benanav nos ofrece una contrapropuesta.